

## La Judith de Giraudoux

Por Rafael Guizado

Judith, dicen los libros sagrados, va al campamento enemigo y corta la cabeza del rey Holofernes. El pueblo judío se salva, gracias a la hazafia de la heroína. El curso de la historia de la nación escogida sigue adelante, a través de los siglos, y en el repliegue casi imperceptible de un día queda escondida la misteriosa figura de la mujer fuerte. Quién es ella? Poco importa al devenir de los tiempos y a la sucesión de las generaciones cuál fue el carácter de esa imagen de la decisión, ni cuántos sobresaltos sufrieron sus templados nervios al acariciar el filo tajante de la daga, ni qué noches ni sueños velaron sus ojos después de que la sangre cálida del conflagrado enemigo manchó los dedos finos y salpicó los adornos del manto. Su misión cumplida, saltó a la inmovilidad del recuerdo como una estatua de mármol y suspendió, en la memoria de los judíos, el hilo de su existencia desde el momento en que satisfizo el anhelo egoísta de la muchedumbre aterrorizada. Allí está, en las figuras ingenuas de dibujantes inexpertos, sosteniendo en sus manos crispadas la cabeza del rey y blandiendo el arma homicida. Allí la descubrió un poeta, miles de años después de su gesto, y la volvió a la vida en el milagro del símbolo. La introdujo en la intimidad del diálogo y en el secreto de la virginidad; la rodeó de oro y de piedras finas, de enamorados jóvenes y de rabinos sabios, la fijó en la profecía como un grito de esperanza y la entregó a Holofernes como una promesa de amor. Porque el rey era joven y era hermoso. Hablaba ese lenguaje sonoro y enardecido que los hombres y las mujeres se descubren repentinamente cuando se singularizan por el afecto y se reducen al hombre y a la mujer. Y la aventura homicida vino a ser, en definitiva, el lógico epílogo al episodio amoroso.

Judith se venga del tiempo y de la historia. Se rehabilita gracias al prodigioso talento de Jean Giraudoux; vuelve a su humanidad flaca y gloriosa y recobra el acento familiar que le permite llamar a las cosas por su nombre sin falsear su naturaleza. Mas su misión es siempre la misma: llevar de la mano el drama sacrificando el gozo, enturbiar el espejo de las aguas, detener las aves en vuelo, provocar el insomnio de los niños, infundir temor al guerrero, degollar al amante y no creer en su propia santidad. Porque ella es la decisión sin la reflexión, el impulso sin el estudio, el movimiento sin ruta, la esperanza sin plan.

Ese carácter arbitrario que Giraudoux ha descubierto en la frialdad sintética de la historia, y la atmósfera pintoresca y magnífica que indudablemente lo rodeó, y el detalle violento y carnal de la aventura, y el olor visible del campo de batalla, y los cuellos estirados de los judíos sedientos de víctima, y la pertinacia sombría del profeta, y la desesperada ingeniosidad del enamorado, son otros tantos elementos profundamente teatrales que

surgen en la obra que presenta esta noche la Compañía Jouvet y que es —sin duda posible— la más hermosa y la más perfecta de las que hasta ahora nos ha ofrecido.

La fidelidad al relato bíblico se sostiene a través de la fantasía poética y del desarrollo dramático. Los hechos principales no sufren cambio alguno. Judith va al campamento enemigo, Holofernes muere a sus manos, el pueblo judío se salva. Pero hay en el diálogo ese personaje central, invisible y presente, que es el símbolo, cuya agilidad a través del tiempo le permite reunir en un mismo instante la antigua atmósfera judaica y las complicadas manifestaciones externas de la vida contemporánea. No es, pues, extraño, ni inverosímil, que Judith pueda ser enfermera, practicar deportes, fumar y tomar el té, mientras medita su cinematográfico plan para decapitar a Holofernes, rey encorazado que duerme en sus tiendas del desierto. El también tiene sus problemas que lo sujetan a la guerra y lo alejan de ella; también ha pensado en el amor dormido en el pecho de una mujer peligrosa por su imaginación y suave por su belleza, y ha esperado con fe en que el volar del tiempo puede suspenderse durante contados minutos, mientras la mano del hombre voltea la página de la historia, y que es posible aprovechar esa tregua de acontecimientos trascendentales para acariciar la piel rizada de una desconocida. Por qué, pues, ha de ser extraño, que el encuentro de esos dos seres, agobiados por el peso de su destino, no se convierta, momentáneamente, en una involuntaria cita de amor? Cuántas veces mortales enemigos se atraen al descubrirse mutuamente el color de los ojos? Eso explica ciertas pausas en el combate que los escultores aprovechan para fijar en bronce la quietud precursora de la muerte.

El secreto dramático de Giraudoux quizá resida en esa increíble destreza para aislar un carácter de su medio natural, y confiarlo al capricho de la fantasía y al soplo de la inspiración. Ese fenómeno es más fácil de definir que de explicar. Pero Giraudoux no se puede explicar. Se le comprende y se le admira. El examen y la exposición de su teatro implicarían un análisis parcial de cada elemento y de cada escena con lo cual se rompería ese impecable conjunto que es lo más importante y fundamental de cada una de sus piezas. Las imágenes cautivan sobre todo porque están encadenadas a otras imágenes, y cada una de ellas es un puntal firme sobre el cual reposa parte de la acción. Decir que alguna de ellas es más importante, más bella, más original que las otras, es inventar un artificial desequilibrio a la obra.

Vale más confiarse sin resistencia a la emoción del diálogo, y evadirse de la realidad del brazo de Judith, la virgen fuerte que aprisiona en la magia de su arte el poeta francés.